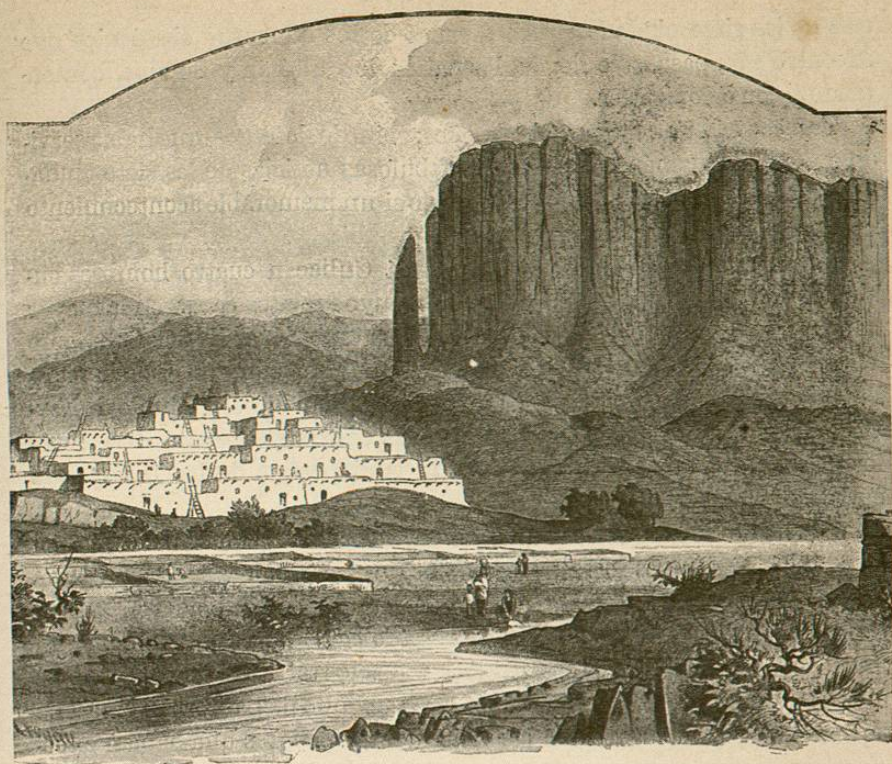


se dirigieron á México, donde el virrey Mendoza recogió á estos infelices, hambrientos y casi desnudos, pues sólo iban cubiertos con pieles. Apenas quedaban 300 hombres de aquel lucido ejército que había salido con Soto á la conquista de La Florida; los esqueletos de los demás blanqueaban en los bosques y praderas de los lejanos países que habían recorrido por espacio de tres años en busca de oro y riquezas.

Los espantosos relatos que hicieron acerca de los profundos pantanos y espesos bosques de La Florida, así como de sus belicosos habitantes, consiguieron que, después de la expedición de misioneros franciscanos y de otra emprendida el año de 1561 por Angel de Villafañe, que tuvieron también un fin desastroso, los países situados entre el bajo Mississippi y el Océano Atlántico, que eran conocidos por el nombre de La Florida, no volviesen á ser objeto de conquista ó colonización por parte de los españoles. Es más: el 23 de septiembre del año de 1561 apareció un real decreto que prohibía terminantemente toda clase de empresas á La Florida, á fin de que no fueran sacrificadas más vidas ni riquezas á la conquista de este país.



Vista de Zuñi, aldea de los indios de Pueblo (Dibujada del natural por Rodolfo Cronau.)

#### CAMPAÑA DE CORONADO CONTRA CIBOLA Y QUIVIRA

Poco después de la caída de la orgullosa ciudad de Tenochtitlán dirigieron los españoles con avidez sus miradas á aquellas comarcas que lindaban por el Norte con los países de los aztecas. Corría el año de 1530 cuando Núñez de Guzmán, gobernador de Nueva España, obtuvo por medio de un indio natural del país de Tegos (Texas?) la primera y obscura noticia de un gran reino titulado *Cibola*, que lindaba con su país natal y poseía siete grandes ciudades que podían compararse en riqueza y extensión con México. El viaje hasta allí duraba cuarenta días, teniendo, para ir, que atravesar grandes desiertos, situados entre el golfo de México y el mar del Sur. Aseguraba el indio que en las siete ciudades había calles enteras habitadas exclusivamente por trabajadores de oro y plata.

Guzmán, vivamente exaltado por estas noticias, organizó en seguida un ejército compuesto de 400 españoles y 20,000 indios para penetrar en el

país de las siete ciudades; pero á causa de los inmensos obstáculos que encontró á su paso, sólo llegó á los países de Culiacán y Sinaloa, contentándose con colonizarlos.

Transcurrió una larga serie de años; el indio de Tegos, que había servido de guía á Guzmán, falleció, y las fabulosas noticias de las siete ciudades de Cibola hubiesen caído en el olvido si un memorable acontecimiento no las recordara.

Era el año de 1536 cuando llegaron á Culiacán cuatro hombres cubiertos de harapos y sumamente pobres, cuyos relatos causaron la mayor admiración en todas partes. Estos hombres eran Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo Maldonado y un esclavo moro llamado *Estebanico*, que en el año de 1528 habían ido con Pánfilo de Narváez á La Florida y hecho toda la campaña contra ésta, contándose entre los pocos que salvaron su vida cuando la dispersión de los botes en la embocadura del Mississippi.

Cabeza de Vaca, que está descrito en las crónicas como el más hermoso y apuesto de todos los conquistadores, y cuyo valor y serenidad en el peligro y firmeza y perseverancia en las mayores calamidades le habían conquistado el honroso título de *esclarecido campeón*, atravesó como un nuevo Odiseo, con sus tres compañeros, todos los territorios comprendidos desde la embocadura del Mississippi hasta el golfo de California. Ninguna novela puede compararse con las vicisitudes y peligros que habían experimentado en su errante marcha, pues Cabeza de Vaca, en su *Relación* (1), cuenta que los bárbaros salvajes le habían tenido, en unión de sus compañeros, años enteros sufriendo el más duro cautiverio, y martirizándoles diariamente del modo más cruel; que los mosquitos les habían picado de tal modo que en su cuerpo se veían las mismas llagas que en el de *San Lázaro*; describía también cómo habían logrado fugarse, llegando después á los desiertos situados al Oeste del Mississippi, donde les faltó poco para morir de hambre, pues viéronse precisados á comer carne de perro y alimentarse con los frutos del cacto y con raíces. Más tarde llegaron á un pueblo que vivía en sólidas y magníficas viviendas hechas de piedra y tierra, situadas al lado de un río, entre dos cordilleras. Fueron recibidos por aquel pueblo de la manera más hospitalaria; los salvajes cayeron de hinojos á sus pies, adorándoles como á *hijos del Sol*, y llevábanles los enfermos para que fueran curados por el solo contacto de su mano, rogando á aquellos dioses descendidos de lo alto que ordenasen á las nubes derramasen sobre los secos campos sus rocíos bienhechores.

(1) *Relación que dió Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaescido en las Indias en la armada donde yua por governador Panphilo de Narbáez*. Zamora, 1542.

Obsequiaron á los españoles con un gran banquete compuesto de caza, calabazas y pan de maíz, pero no pudieron ofrecerles oro alguno.

Prosiguiendo hacia Occidente pasaron por una comarca sumamente poblada, en la que se veían sólidas ciudades y dilatados campos de maíz y judías. Por todas partes hallaban civilización, orden y prosperidad, y eran muy bien recibidos. Los indios les regalaban turquesas y pieles de extrañas vacas (búfalos), y además puntas de flechas de esmeraldas, que los indígenas consideraban sagradas, las cuales habían ellos adquirido, á cam-

Rúbrica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca

bio de plumas de vivos colores, de los habitantes de las altas montañas del Norte, donde había populosas ciudades de grandes y sólidas casas.

Después pasaron los intrépidos aventureros por Arizona, siguiendo el curso del río Gila hasta su embocadura, y llegaron al fin, rendidos de cansancio, hasta México, donde el virrey Mendoza les recibió con grandes honores.

Los informes dados de este país por Cabeza de Vaca se abultaron de una manera fabulosa, y pronto el nombre de Cibola corría de boca en boca. Hablábbase de las ciudades que se hallaban en él, diciendo que estaban rodeadas de altas vallas é inexpugnables fuertes; que poseían numerosos y magníficos palacios cuyas columnas y puertas estaban hechas de turquesas, y en los cuales la luz no penetraba por vidrieras, sino á través de piedras preciosas que constituían las ventanas; que los soberanos del país eran servidos por hermosas esclavas en vajillas de oro, siendo sus festines dignos de Lúculo; que alrededor de estas ciudades existían montes de ópalo que brillaban á larga distancia, y entre ellos había valles con campos de piedras preciosas y ríos de cristal cuyos lechos eran de arenas de plata.

Estas fábulas, que, como veremos más tarde, tenían su parte de verdad, decidieron al virrey Mendoza á encargar al gobernador de los países de

Culiacán, Petatlán y Sinaloa, comprendidos en la provincia de Nueva Galicia, que se llamaba Francisco Vázquez de Coronado, que ordenase practicar investigaciones para ver si las maravillas contadas de las siete ciudades de Cibola tenían algún fundamento. Siguiendo este mandato envió Coronado al fraile franciscano Marcos de Nica con el encargo de penetrar hasta Cibola y cerciorarse por sí mismo del estado de aquel país. El hermano Honorato, algunos indígenas y Estebanico el moro, compañero de Cabeza de Vaca, acompañaban al monje, que á causa de haber hecho largos viajes por el Perú parecía muy á propósito para desempeñar la misión que se le confiaba. El hermano Honorato tuvo que quedarse en Petatlán enfermo, prosiguiendo los demás hasta llegar al río Gila, donde fué enviado Estebanico delante para avisar á los habitantes de Cibola la visita que les esperaba. Pero algunos indios que acompañaron al moro volvieron algunas semanas después llenos de heridas y con la noticia de que Estebanico había sido muerto por los habitantes de la ciudad.

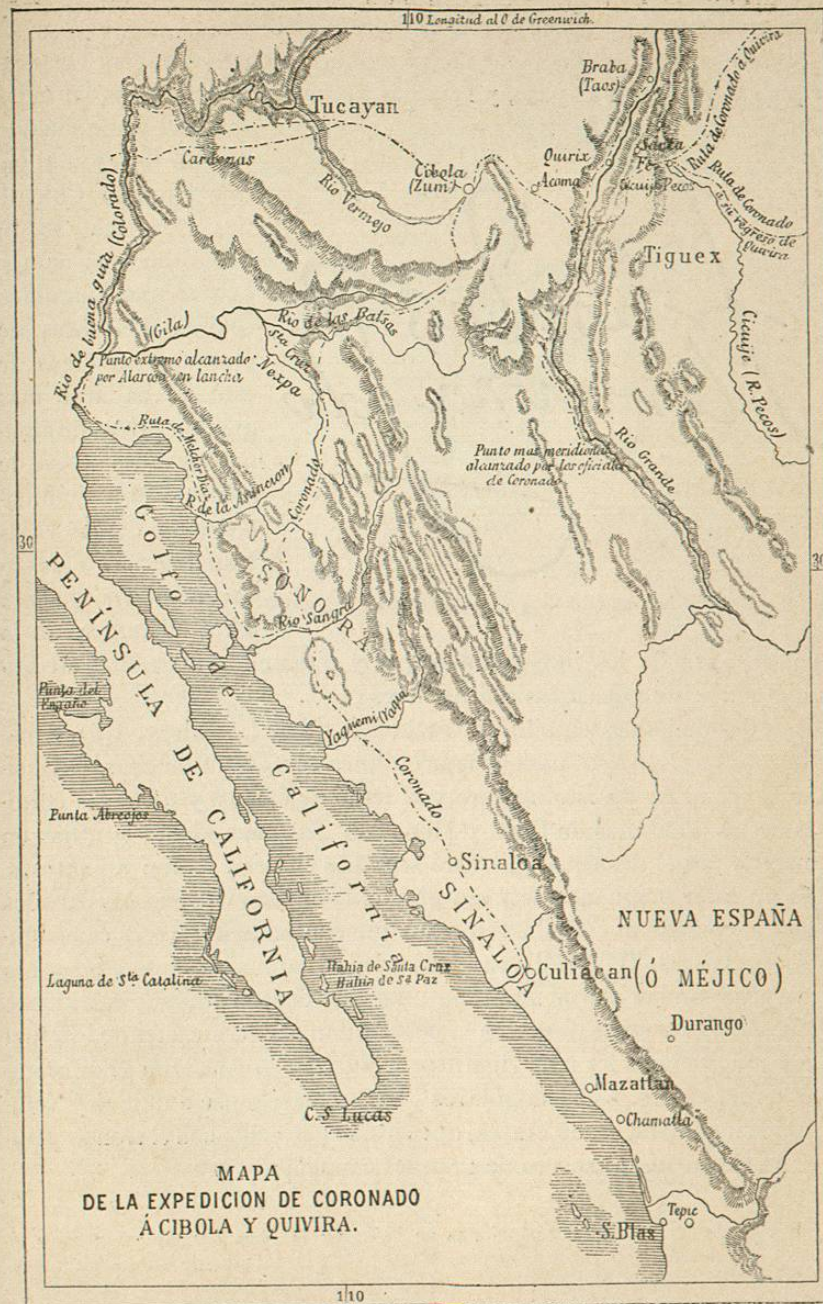
A pesar de esta desgraciada noticia aseguraba Marcos de Nica que había llegado hasta las inmediaciones de Cibola y visto desde un montecillo la ciudad, que se hallaba situada en la llanura, y que le había parecido mayor y más importante que México; pero que no se había atrevido á bajar á ella y se había limitado á hacer un montoncillo de piedras en aquel lugar poniendo encima una cruz, tomando al propio tiempo posesión del país en nombre del virrey, y dándole el nombre de Nuevo Reino de San Francisco.

De vuelta á Nueva Galicia hizo Marcos de Nica tal relación de lo que había visto, que Mendoza no dudó un momento en enviar una expedición á Cibola con objeto de conquistarla. Atraídos por aquellos maravillosos relatos reunieron en pocos días 300 españoles y 800 indios, ansiosos de tomar parte en la campaña. Coronado, el gobernador de Nueva Galicia, de donde debía partir la expedición, decidióse á acompañarla en persona, por lo cual le fué transferido el mando.

En la primavera del año de 1540 partió Coronado con su ejército desde Compostela, pasando por Chiamatla, Culiacán, Petatlán y Sinaloa. Dos barcos, á las órdenes de Fernando de Alarcón, salieron al propio tiempo del puerto de La Natividad para llevar provisiones á Xalisco y estar en todo caso á disposición de Coronado.

En Chiamatla incorporáronse al gobernador sus dos capitanes Melchor Díaz y Juan Saldívar, enviados por éste el invierno anterior á explorar el camino y buscar la mejor ruta para llegar á Cibola.

Pero los informes que dieron ambos acerca del carácter de los territorios que habían cruzado fueron tan contradictorios á las descripciones hechas por el franciscano Marcos de Nica, que se desanimó de tal modo



el ejército que muchos españoles, que habían pasado ya muchos trabajos durante la marcha, querían emprender el regreso, consiguiendo que se quedasen á fuerza de hacerles grandes promesas.

En efecto, cuanto más penetraban mucho mayores eran los obstáculos que se oponían á su paso, y muchas fueron las maldiciones lanzadas

*francisco Vázquez de Coronado*

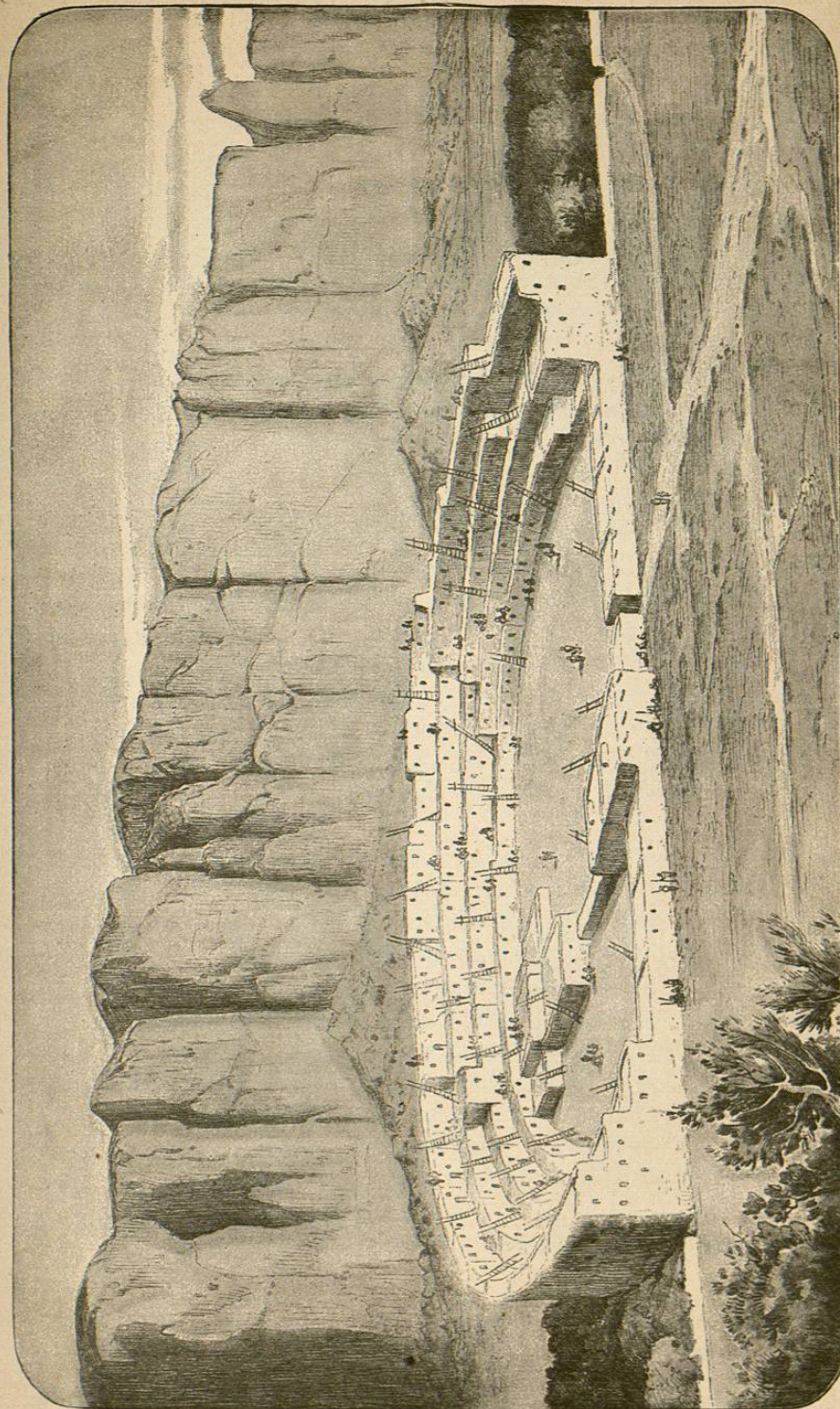
Rúbrica de Francisco Vázquez de Coronado

sobre el fraile cuando por fin llegaron al paraje llamado Chichilticalli, donde, según había dicho el monje, existía una magnífica colonia con casas de piedra, y en lugar de esto no hallaron más que las ruinas de algunas grandes casas de piedra rojiza. Indudablemente dichas casas eran idénticas á las *Casas grandes*, situadas á corta distancia de la

actual Reserva de los indios maricopas y pimaindos, existentes en Arizona, que han sido descritas tantas veces (1). Después de haber seguido un trecho del río de las Balsas ó Gila, tomaron dirección Nordeste para cruzar en línea recta el desierto de Gila, situado entre el río de este nombre y el reino de Cibola, y pasar las cordilleras de las montañas de Pinal y Mogozloh. Las penalidades sufridas en su marcha por el desierto, que duró semanas enteras, fueron espantosas. Hacía un calor inaguantable y era grande la escasez de agua; los caballos apenas encontraban comida, teniendo que contentarse á veces con algunas hierbas secas. Todo el día caminaban sobre arena ardiente y peñascos de extrañas formas que se elevaban unos tras otros á guisa de bastidores. La única flora de estos desiertos la constituían algunos cactus de original figura, de los cuales los más gigantescos y extraños causaron gran asombro á los españoles. Estas singulares plantas elevábanse á quince y veinte metros de altura, y sus brazos, que subían paralelos con el tronco principal, presentaban el aspecto de grandes candelabros (2).

(1) Una de las mejores descripciones se halla en la obra titulada *Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, etc.*, de Russell Bartlett, vol. II, págs. 270 á 284.

(2) Véase *En el lejano Oeste*, de Cronau, pág. 297.



Pueblo Bonito, reconstrucción hecha por Rodolfo Cronau

Al cabo de otros quince días de marcha llegaron á una ancha llanura y á orillas de un río, cuyas aguas, á consecuencia de la tierra que arrastraban, tenían un color rojizo sucio. Dieron á este río el nombre de Bermejo, y es idéntico con el que en la actualidad lleva el nombre de Colorado pequeño. Después de pasarlo llegaron á un país más fértil, en el cual, á orillas de un estrecho riachuelo que corría hacia el Bermejo, había extensas plantaciones cercadas por bajas tapias de adobes, y á poco vieron dibujarse en el horizonte el objeto de sus deseos y viaje: la ciudad de Cibola.

Si los aventureros españoles habían recibido un amargo desengaño á la vista de las ruinas de Chichilticalli, no fué menos grande el que les produjo el aspecto de Cibola, pues en lugar de la maravillosa ciudad soñada, y de sus palacios atestados de riquezas, sólo se ofreció á sus ojos un gran pueblo indígena cuyas casas de adobes, extrañamente hacinadas una sobre otra, apenas contarían de 2,000 á 3,000 habitantes. Tampoco concordaba la situación de la ciudad con los informes dados por Marcos de Nica, pues en vez de estar en un valle, la ciudad de Cibola de aquel tiempo estaba sobre la plataforma de una roca de unos 250 metros de altura que terminaba la montaña, destacándose cual imponente baluarte sobre el valle del actual riachuelo de Zuñi (1).

Maldiciendo del fraile por sus engañosas y exageradas descripciones, dispusieron los españoles á atacar á los guerreros de Cibola, que se habían reunido en número de 200 al pie del baluarte de roca para defender la entrada de la ciudad.

Estos, armados de arcos, flechas y lanzas, no pudieron resistir el violento choque de los españoles, y se retiraron á la altura, desde la que arrojaron una granizada de piedras y riscos sobre sus enemigos. Como la senda que conducía á la ciudad era muy pendiente y estrecha, y además formaba numerosas curvas, así Coronado como muchos de sus compañeros recibieron graves heridas; mas al fin consiguieron escalar la altura, y penetrar más tarde en la ciudad. Los habitantes refugiáronse en las azoteas de las casas, quitaron las escalas que conducían á ellas, y siguieron oponiendo tenaz resistencia á los ataques del enemigo; pero por último tuvieron que abandonar este postrer baluarte, y entonces los españoles se posesionaron de la ciudad, que estaba muy bien surtida de provisiones, para someter desde allí al resto del país.

Por más que viesan defraudadas los españoles sus esperanzas de ri-

(1) Más tarde trasladaron los indios de Zuñi su residencia á la llanura, elevándose aún hoy día la ciudad de ese nombre sobre una pequeña eminencia, á los pies del baluarte de roca. (Véase el grabado cabecera de este capítulo.)